

Volver la mirada hacia el dolor para reconocer la esperanza: anotaciones sobre la participación de las mujeres en procesos de memoria.

Erika Lizeth Sepúlveda Rojas

Trabajadora Social
Estudiante Maestría en Trabajo Social con énfasis en Familia y Redes Sociales
Universidad Nacional de Colombia.

En el contexto del conflicto armado colombiano, que hoy trasciende seis décadas, las mujeres han utilizado diferentes herramientas de trabajo individual y colectivo, para desarrollar procesos de memoria que les permitan traer al presente los hechos violentos sufridos, las consecuencias que estos les han significado en su vida cotidiana y en la proyección del futuro, así como los mecanismos que les permitieron afrontar el horror.

La memoria es fundamental en escenarios sociales y políticos caracterizados por el ejercicio de la violencia; tiene la capacidad de “asegurar que los horrores del pasado no se puedan repetir” (Jelin 2001, 98), y desempeña un papel importante en la construcción y deconstrucción de los sentidos, a partir de los cuales se significan las realidades en las que se desarrolla la experiencia vital individual y colectiva.

Más que un recuerdo, la memoria alude a una reconstrucción a través de la cual las mujeres interrogan su pasado y configuran en el presente, narrativas acerca de lo vivido en otro tiempo. Permite dar cuenta de las vivencias más significativas que construyen las mujeres durante la interacción social en el contexto del conflicto armado, ilustrando “la presencia de lo social, aun en los momentos más «individuales»” (Jelin 2001, 3-4).

Como campo en el que convergen las narrativas vitales de diversos actores, la memoria permite tejer secuencias y sentidos sobre un pasado que se recrea, desde el presente vivido y el futuro proyectado (Centro Nacional de Memoria Histórica 2018, 8). Hace posible la apropiación del pasado como un tiempo vivo, no cerrado, no concluido, con texturas y matices particulares.

Inscrita en estructuras singulares de sentido la memoria devela visiones particulares acerca de contextos culturales e históricos específicos, tiene un marco social y es portadora “de la representación general de la sociedad, de sus necesidades y valores. Incluye también la visión del mundo, animada por valores, de una sociedad o grupo” (Jelin 2001, 3-4).

De manera específica, y a mi consideración transgresora, sin la intención de obviar los debates existentes referidos a las diferencias conceptuales y prácticas entre el hacer de la historia, la memoria y la verdad, los procesos de memoria desarrollados por mujeres en Colombia han contribuido a romper el silencio del que nos habla Michelle Perrot (2009), cuando se refiere a la participación que hemos tenido las mujeres en la construcción y comprensión de nuestra propia historia.

“Las mujeres han quedado largamente excluidas de este relato, como si, condenadas a la oscuridad de una reproducción inenarrable, estuvieran fuera del tiempo o por lo menos fuera del acontecer. Sepultadas bajo el silencio de un mar abismal (...) Después de todo, sólo son mujeres, cuya vida cuenta poco” (Perrot 2009, 9-10).

Un silencio, que además de ilustrar la exclusión de las mujeres en los relatos sobre la historia, es producto de dolores y marcas generadas por la violencia, que “impiden a veces que ese dolor sea transmisible; [pues] remiten al horror no elaborable subjetivamente” (Jelin 2001, 103). Cuando las mujeres apelan a la memoria, trasgreden un silencio que sostiene el sistema patriarcal en la sociedad colombiana y que las condena al anonimato hasta en sus propias experiencias vitales.

Las voces de las mujeres en los procesos de memoria quiebran el silencio “que ha normalizado o naturalizado la violencia contra las mujeres y las consecuencias de la misma en sus vidas” (Ruta Pacífica de las Mujeres 2013, 461). Le dan lugar a una narrativa que no había sido indagada, ni escuchada. Con la memoria las mujeres traen “al presente una experiencia vivida, con palabras capaces de decirla fielmente desde la subjetividad” (Ruta Pacífica de las Mujeres 2013, 32).

La memoria, compuesta por experiencias, emociones y pensamientos, olvidos y fracturas, nos conecta con un sentido de libertad y autonomía, y recoge el relato de vidas y situaciones “que han querido ser cancelados de la historia por las narrativas dominantes” (Ruta Pacífica de las Mujeres 2013, 33). Con la contribución que realiza a la historia, la memoria funciona como un espejo cuyo reflejo del pasado orienta la vivencia del presente; es también “un espacio educativo que permite cultivar el juicio moral” (Centro Nacional de Memoria Histórica 2018, 10).

Ante la amenaza que puede significar en un proceso de memoria la revisión del pasado marcado por la violencia, y el miedo y el impacto de traerlo junto

a los dolores que ha acarreado, las mujeres durante los procesos de memoria comparten sus experiencias vitales en contribución a la no repetición. En este proceso, el silencio encuentra una lógica que resalta la importancia de reconocer las voces de las mujeres y devela la necesidad de contar con voluntades de escucha que hagan efectivo el relato acerca del sufrimiento.

“Muchas mujeres quisieron dar su testimonio para aliviar su dolor, para descargar historias guardadas durante mucho tiempo en su corazón, un sufrimiento que sin poder ser contado ha estado haciéndoles más daño. A la amenaza por hablar y al miedo por las consecuencias de hacerlo, se suma aquí la imposibilidad de poner en palabras lo indecible, y la ausencia de un contexto social de escucha que dé credibilidad a las historias vividas” (Ruta Pacífica de las Mujeres 2015, 11).

Las mujeres ponen a disposición del colectivo sus voces, para hacer visibles sus dolores y consignas, y piden que cese una guerra que ha profundizado la inequidad y las violencias en su contra; exigen de la misma manera que “se pongan en marcha medidas de reparación, democratización y reconstrucción de la vida, que ayuden a superar las desigualdades que están en el centro de la violencia contra las mujeres” (Ruta Pacífica de las Mujeres 2015, 12).

Sin encarnar a receptores pasivos, las mujeres en el proceso de reconstrucción de memoria relatan el pasado del dolor y al tiempo descubren y dignifican las alternativas que las aproximan a la esperanza de vivir en un contexto mejor, uno diferente, equitativo y justo. Se configuran como agentes sociales con capacidades para la crítica y la transformación, dan un sentido y significado propio a su experiencia como víctimas del conflicto y ponen en evidencia

“(…) la parcialidad de la narración histórica escrita por el sujeto masculino, mayoritariamente occidental y de clase dominante. También se hace visible la distorsión de la memoria colectiva que ha supuesto la operación de hacer pasar la historia de ese sujeto masculino por la de la totalidad de los seres humanos” (Ruta Pacífica de las Mujeres 2013, 33).

De allí el valor que adquieren los espacios en los que las mujeres comparten y desprivatizan sus experiencias de vida, en contribución a la construcción de memoria. Aquellos que creen en las mujeres “cuando generalmente sus voces no son escuchadas y sus historias son vistas con sospecha” (Ruta Pacífica de las Mujeres 2015, 16) y rescatan el sentido a través del cual narran un conflicto de larga duración del que han sido víctimas.

La fuerza de la memoria de las mujeres, además de resaltar la rigurosa descripción de los hechos sufridos en el contexto del conflicto armado, tiene la facultad de

“convocar a quien escucha para que emprenda un viaje imaginario al lugar y al momento de los hechos, desde las sensaciones y emociones de quien los vivió en carne propia; permite captar en profundidad la experiencia vivida por otras personas desde la recreación imaginativa del mundo emocional y sentimental de los testigos y víctimas sobrevivientes. (Centro Nacional de Memoria Histórica 2018, 11).

La participación activa de las mujeres en los procesos de memoria contribuye a reivindicar, en palabras de Scott (1996), la importancia de las mujeres en la historia, como una crítica frente a las definiciones de la historia en tanto verdades acerca de lo ocurrido en el pasado y precisiones fijadas para el recuerdo de lo importante y trascendente.

De la misma manera, la memoria de las mujeres significa para la sociedad colombiana una lucha en contra de aquellos puntos de vista que no han tenido lugar en la escucha y el diálogo (Scott 1996, 72). En particular, situada en mi experiencia profesional, los procesos de memoria que desarrollan las mujeres han sido una contribución a la comprensión de los daños generados por el conflicto, de sus causas y dinámicas. Un aporte a la reparación y una apuesta por sanar en medio del dolor que todavía no cesa.

Los procesos de memoria, son una invitación a la escucha plural, diversa, dispuesta, y también al diálogo, a la identificación de responsables y

responsabilidades y a la humanización de las víctimas. Constituyen una posibilidad para la desprivatización del sufrimiento intencionalmente silenciado y la construcción de la paz “como horizonte posible de una convivencia fundada en el reconocimiento de nuestra propia humanidad y la humanidad de los otros” (Centro Nacional de Memoria Histórica 2018, 9) y de las otras siempre omitidas en la historia.

Bibliografía

Jelin, Elizabeth. 2001. «Exclusión, memorias y luchas políticas.» En *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, de CLACSO. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Jelin, Elizabeth. 2001. «¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE MEMORIAS? .» En *Los trabajos de la memoria*, de Elizabeth Jelin. España: Siglo Veintiuno editores.

Perrot, Michelle. 2009. *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ruta Pacífica de las Mujeres. 2015. *El camino de Vuelta de la Memoria*.

Ruta Pacífica de las Mujeres . 2013. *La verdad de las mujeres .Víctimas del conflicto armado en Colombia. Tomo 1*. Colombia: G2 Editores.

Ruta Pacífica de las Mujeres. 2013. *La verdad de las mujeres .Víctimas del conflicto armado en Colombia. Tomo 2*. Colombia: G2 Editores.

Scott, Joan. 1996. «Historia de las mujeres.» En *Formas de hacer historia*, de Peter Burke. Madrid: Alianza Editorial.

Centro Nacional de Memoria Histórica. 2018. *Los caminos de la memoria histórica*. Bogotá.